
VIDA Y MUERTE EN EL CARIBE AFROCOLOMBIANO

Nina S. de Friedemann

Este trabajo se refiere a la cosmovisión caribeña afrocolombiana en Palenque de San Basilio y El Manzanillo. El primero es un poblado de descendientes de cimarrones situado cerca de Cartagena de Indias, en las inmediaciones de los Montes de María, estando sus habitantes dedicados a la agricultura y al cuidado de sus ganados. Manzanillo, también en las proximidades de Cartagena, es un pueblo de pescadores negros que hace cuarenta años fue considerado "africano", de modo similar a Palenque.

En Palenque el ritual religioso de *lumbalú*¹ y sus cantos y bailes de muertos han sido fecundos para el estudio del palenquero, la lengua criolla, y para el conocimiento de cosmovisiones afrocaribeñas (Escalante 1954, Friedemann 1979, 1991, Friedemann y Patiño 1983, Schwegler 1992). En los últimos años la descodificación de tales cantos que llevó a cabo el lingüista Armin Schwegler (1992) permite precisar huellas sociolingüísticas y étnicas de ancestro Ki-Kongo y Ki-Mbundu de Africa Central, que ayudan a comprender el imaginario y la cosmovisión afrocolombiana en el Caribe.

Los rituales funerarios de El Manzanillo, hace 40 años, fueron sujeto de investigación antropológica por Thomas Price (1955), en el marco de estudios de supervivencias africanas en América entre comunidades negras y son un testimonio valioso para el examen del proceso de etnogénesis² en el

¹ Voz africana de origen bantú. *Lu* es un prefijo colectivo y *mbalu* con el significado de melancolía, recuerdo o reflexión simboliza el canto de funebria. En Palenque de San Basilio es el ritual, el ritmo y la melodía; también el cabildo, *cuagro* o grupo de edad de hombres y mujeres que lo ejecutan.

² El concepto expresa el fenómeno del surgimiento de un nuevo grupo étnico y un nuevo sistema cultural, que es el caso de poblaciones con la impronta africana en diversos países de América. Las condiciones históricas de la trata impidieron el trasplante de etnias africanas, pero ciertas situaciones coyunturales propiciaron la reintegración étnica. Aunque en la etnogénesis de las poblaciones afroamericanas, el repertorio cultural africano no fue homogéneo, hubo dominio étnico proveniente de un grupo como por ejemplo Yoruba o

Caribe colombiano. En ambas comunidades los ritos de la muerte constituyen la actividad más importante de sus celebraciones religiosas, siendo los espíritus de los muertos personajes de la cotidianidad terrenal.

Cabildos y Juntas: espacios de reintegración étnica

En Palenque y en Manzanillo el evento de la muerte evoca memorias de las *casas de cabildo* y de los *cabildos de negros* coloniales (Friedemann 1988). En el proceso de reintegración étnica del africano y de sus descendientes en América, los cabildos en principio fueron enfermerías. Recién desembarcados, los enfermos iban a parar a barracas de caña frente al mar donde otros africanos los curaban o los ayudaban a morir (Valtierra II 1980:57). En estas circunstancias se encontraron personas de la misma procedencia africana, que compartieron sufrimientos y la posibilidad de sobrevivir. Porque el propósito de mantener una heterogeneidad tribal o regional en la trata se dislocó con la abundancia de esclavos con afinidades culturales, y con la captura selectiva de africanos.

Aunque mucho se ha escrito sobre los esfuerzos de los traficantes para no dejar juntar africanos de un mismo origen, las cuentas de los demógrafos y los cuentos de cronistas y evangelizadores informan que no fue posible ni alcanzar tal heterogeneidad ni aniquilar las memorias de los africanos. En su subconsciente iconográfico debieron sumergirse imágenes de dioses, ritmos de música y poesía, colores y aromas que transformados creativamente a lo largo de siglo fueron raíces para los nuevos sistemas culturales de las poblaciones negroamericanas, que son sujeto de los estudios de la afroamericanística. En esa transformación la improvisación creativa debió formar parte de la génesis de tales sistemas. Jaime Arocha (1991) alude a la noción de bricolaje que emplea Francis Jacob (1981) para representar procesos creativos donde la razón y el sentimiento son guías de la improvisación cultural. Ejemplos de ello son la reconstrucción del tambor, el primer instrumento que se oyó en las casas de cabildo en Cartagena. Otro es el del balafó, que en las memorias africanas tenía resonadores de calabazas perforadas y que en el Litoral Pacífico colombiano para las fiestas de *cununao* tuvo que echar mano de madera de chonta y de canutos de guadua

(Friedemann y Arocha 1986). En ambos casos se apeló a materiales acomodaticios que aunque variaron sus elementos formales, conservaron los principios acústicos y recrearon el sentimiento de la música sagrada y profana de comunicación espiritual entre la tierra y el cielo. En otro campo, el de las relaciones sociales, Niara Sudarkasa encuentra que la ética y los rasgos estructurales de la familia extendida africana están presentes en formas familiares afroamericanas (1980). En Colombia también hemos documentado esta situación (Espinoza y Friedemann 1993).

Hemos llamado *huellas de africanía* a este bagaje cultural que se hace perceptible en la organización social, en la música, en la religión o en el teatro de carnaval.³ (Friedemann/Arocha 1986:36, Arocha 1989:20, Friedemann 1988, Friedemann/Espinoza 1992a, 1992b, Espinoza y Friedemann 1993:100).

Aunque en otros lugares de América los cabildos negros tuvieron inicios tal vez diferentes a los de las enfermerías en Cartagena, todos tienen memorias de las cofradías de africanos que existieron en España desde antes del siglo XV. En España el cabildo o cofradía se organizaba alrededor de un santo que propiciaba una reconstrucción pasiva del pensamiento e imaginaria de religiones africanas; ese santo asimismo enmarcaba el inicio de los cabildos en tierra americana. Caso diferente fue el de *Las Juntas*, que, aunque con un desempeño de refugio cultural, constituyeron espacios clandestinos de reintegración activa de costumbres, hablas y gentes porque fueron asambleas de resistencia donde esclavos y libres aprendían a "hacer daño a los amos". Adoptando la máscara demoníaca de la brujería, objeto de la persecución del Santo Oficio, crearon una nueva forma de cimarronismo. Adriana Maya (1992), en su trabajo sobre el juicio de inquisición a un par de esclavas negras de los ríos de Guinea y para el efecto

Fon. También ocurrió control cultural de una región, como en el caso de Congo y Angola en Africa Central (Bonfil Batalla, 1987, *La teoría del control cultural en el estudio de procesos étnicos*).

³ El concepto de *huellas de africanía* toma como referencia los planteamientos de Gregory Bateson (1976) sobre el proceso de formación de hábitos, como una inmersión del conocimiento hacia niveles del inconsciente (id:169). La gente practica rutinas o repite preceptos y cadenas de conceptos para traducir parte de ambas al paralenguaje icónico, y así "delegarle" al subconsciente segmentos sustanciales tanto de los pasos de las tareas que lleva a cabo, como de las instrucciones que guían sus relaciones con otros (Arocha 1991:77).

señaladas como brujas de Zaragoza en el siglo XVII, muestra en la Nueva Granada tácticas de huida y enfrentamiento cultural⁴ en un cimarronaje religioso que se arriesga a sufrir la inquisición.

Tierra y cielo

Así, al cabo de más de tres siglos de arraigo de africanos y sus descendientes en América, la persistencia de africanía en el pensamiento religioso afroamericano puede documentarse en perfiles de su cosmovisión. En efecto, tanto en Palenque como en Manzanillo, los vivos y los muertos son parte de un universo pleno de espíritus que habitan espacios sagrados y profanos que enmarcan la vida diaria. Del mismo modo que ocurre en muchos poblados de Africa (Mbiti 1970:97), el universo espiritual y físico de la gente conforma una unidad articulada cuyos protagonistas interactúan en sus ritmos y funciones y entre los distintos niveles de la tierra y del cielo.

La tierra es el espacio donde viven y mueren palenqueros y manzanillos y está formada por los pueblos, los montes y el aire. En palenque es además concebida como un cuerpo a semejanza de su gente, con sangre, pulmones y respiración, con ojos que lloran en las ciénagas, con venas de agua que son los arroyos. En los pueblos o caseríos habitan los vivos. En un espacio del monte viven los seres que encantan: duendes, mohanes, salvajes y hadas. En otro espacio se encuentran los que embrujan: zánganos, voladoras, rastreras, brujas y paraleras. En el aire viven duendes y espíritus de los muertos. Pero de día o de noche a los pueblos pueden llegar los seres que viven entre la vegetación del monte, debajo de las aguas y en el aire, así como aquellos que sufren el infierno de fuego en la esfera del cielo.

En el cielo, habitat de los espíritus, se delimita la gloria, un ámbito donde conviven los santos con las buenas almas. En el cielo también está el paraíso, el lugar más lindo del cielo, según los palenqueros y los manzanillos, vivienda de Dios, los angeles y los espíritus de los niños. Dentro de esta cosmovisión, el infierno también tiene su lugar en el espacio general del

⁴ Véase Carrera Damas, German, 1977, *Huida y enfrentamiento. Africa en América Latina* (Ed. Manuel Moreno Fraguinals); y Friedemann, Nina S. de, 1978, *Aportes culturales de Africa en América Latina*.

cielo. Allí están los espíritus malos, así como aquellos palenqueros que no cumplieron con el mandato principal de Dios: la felicidad terrenal gozando de la vida. Por desoírlo, sus almas son arrojadas a la candelada infernal como castigo, y no tienen perdón. "La mujer virgen se va pa la candela", dice Marciano Casiani, y reitera "el que ha gozado se va pa'l cielo".

De acuerdo con la visión de Manzanillo, los espíritus en el infierno piden permiso para viajar a la tierra a conseguir plegarias para obtener el perdón de Dios y ser admitidas en la gloria. De esta suerte, casi todas las almas son perdonadas.

De modo similar a poblados en Africa, en Manzanillo y en Palenque se piensa en la reencarnación: Las almas pueden usarse de nuevo. En Palenque, cuando uno de los tres espíritus, el que está destinado a viajar al cielo, aun no se ha despedido dentro del mes siguiente a su muerte, puede entrar en el seno de una mujer preñada y animar el nuevo ser. ¿Es esta una estrategia para alcanzar la gloria en el caso de no haber acatado el mandato divino del gozo terrenal?

En el cielo de Manzanillo hay un recinto que no se encuentra en el de Palenque; es el aposento de Jesucristo que éste utiliza para cuando sea necesario hablar con una alma en privado. Allá también hay un paraje entre la tierra y el cielo, que no existe en la visión de los palenqueros y es el limbo para los espíritus de los niños sin bautizar. Estos dos últimos espacios hablan de que el proselitismo católico ha sido más fuerte en Manzanillo que en Palenque.

Las almas pasean y viajan

Para el palenquero, morir es irse de la tierra hacia el cielo en un acto donde la música y la comida concitan la solidaridad de los vivos y los muertos, de los parientes y de los amigos, y principalmente de los del *cuagro*.⁵ Hay una tradición palenquera en la que la vida está concebida por la existencia de dos almas y en otra, por la de tres almas. En ambas vertientes hay un alma que no se ve, pero que a modo de hálito vital, se mueve

⁵ En Palenque, el *cuagro* es un grupo de edad que posiblemente se originó en la colonia, como una creación adaptativa al constante guerro de los cimarrones. Empieza a formarse desde la infancia cuando niños y niñas salen a jugar en la calle, frente a sus casas. El *cuagro* tiene dos mitades, una femenina y otra masculina y cada uno se localiza en una de las dos mitades del poblado: arriba y abajo (Friedenmann y Cross 1979, Friedemann y Patiño 1983).

cuando el cuerpo lo hace. Otra alma es la sombra percible en días soleados y en noches de luna, la cual puede abandonar al individuo temporalmente, mientras duerme, para pasear por el pueblo u otros lugares. En Manzanillo la gente cree que en el cuerpo existe una sola alma que, luego de irse al cielo, puede regresar brevemente como espíritu a la tierra.

En Palenque algunas viejas hablan de la "prenuncia" de la muerte, canto de un pájaro negro que vuela encima de la casa del futuro difunto.⁶ En la descodificación de las canciones de velorio de *lumbalú* (Schwegler 1992), la voz bantú *ilombo*, o también *lombo-lombo* a partir de *nyombo*, traduce la imagen de un pájaro de color oscuro que canta la muerte. Otros anuncios de muerte llegan en los sueños que tienen los parientes del que va a morir o el futuro difunto. Un espíritu de un muerto es protagonista en el sueño. Este espíritu, que es una de las tres almas que en vida tiene cada ser humano, preserva en la imaginación del palenquero una imagen visual con el cuerpo y el traje que tenía antes de morir. Se le presenta al futuro difunto para ofrecerle un plato de comida deliciosa, que al ser aceptado sella el viaje al otro mundo: "Me ofreció arroz con coco y una posta de pescao y yo me lo comí", dicen que un fulano contó y al otro día murió;"... en sueños vi a la fulana que me trajo un plato de arroz con arenca y un jugo, pero se equivocó, porque a mí no me gusta la arenca", -dicen que contó otro fulano-, quien"...no comió, y entonces no murió".

Este espíritu que visita la tierra vive en el cielo, en la gloria, junto a otras buenas almas. Y para esta misión obtiene permiso, según dicen en Palenque, del alcalde del cielo. Pero a este espíritu, que el futuro difunto ve en sueño, también lo ven en el poblado otras personas sanas. Verlo, sin embargo, es causa de desasosiego, al punto que a la persona que tenga ese percance se le enfría el cuerpo y tiene que cubrirse con algún abrigo. Pero las misiones de este espíritu son variadas. Sus apariciones en sueños cumplen también con tareas de ayuda en la curación de enfermos. "Que vaya al patio y que recoja esas yerbitas y que se las pile y le eche terrón alcanforado y lo amarre...", cuenta María Hernández de Salas que su abuela llamó en sueños a su mamá para darle un remedio.

⁶ En Chocó en el Alto Baudó también existe el anuncio de la muerte con el canto del pájaro guaco (Serrano 1994).

En Palenque el espíritu de la muerte, María Lucrecia, vive en un cuarto separado en el territorio del cielo, obedece órdenes de Dios y viaja a la tierra a ordenar el viaje de las almas que deben abandonar el cuerpo que se convierte en cadáver. En Manzanillo el espíritu de la muerte también es María Lucrecia. Pero allí aparece María Dastana, mensajera del demonio y de sus propósitos de brujería, que vive en las montañas de la luna, además del espíritu Isabel, que sirve a dos amos con la misma misión de impartir la muerte: como empleada de Dios y del demonio.

La muerte

Cuando un palenquero fallece, los ritos del velorio se inician inmediatamente. En tiempos pasados, el golpe del tambor sagrado del cuagro llamado *Lumbalú* avisaba la muerte entre el viento y los montes a los caseríos de la región. Actualmente, sólo se oyen los lamentos y ululatos de los lecos de las mujeres que desgarran el silencio de la noche o acallan el murmullo de cualquier tarde calurosa en el poblado. Los lecos, que dibujan huellas de costumbres en Loango (Balandier 1965:255), lugar donde las mujeres lloraban y entonaban cantos fúnebres o cantos de lágrimas, preceden a la preparación del cadáver y al arreglo del altar, metáfora de la gloria, en el cielo. En éste, lienzos y cortinas blancas dibujan el otro mundo. Efigies o litografías de santos del catolicismo, velas, encajes y flores de papel colorean el horizonte celestial. En lugar visible se coloca un vaso de agua para el alma del difunto que ronda el altar y permanece en su casa hasta la última noche del velorio.

Cuando se trata de un niño que no ha llegado a los 8 años, el rito de los lecos sólo se permite el primer día y noche del velorio. La creencia es la de que su espíritu se devuelve al cielo, lugar de los angelitos. Los lecos que reclaman al difunto por causarle dolor a su madre y a sus parientes podrían retener el espíritu del niño en la tierra, que se convertiría en una especie de duende malévolo.

La música para el viaje

Mientras el cadáver yace en el cuarto mortuorio sobre una mesa, las mujeres permanecen alrededor del ataúd, sentadas

contra las paredes, en el patio de la casa y en la cocina donde se prepara café, bebidas aromáticas y la comida del velorio. Grupos de hombres sentados en la calle juegan dominó, cuentan cuentos de mohanes y de duendes para distraer al alma del difunto proveyendo el acompañamiento terrenal. Los jóvenes organizan entre sus *cuagros* los juegos de velorio, donde se personifica a los animales-perros, pavos, culebras con la imaginería de su retozo y acople sexual (Friedemann 1983:73, 1991:80). En los velorios de niños, sus compañeros de cuagro juegan dominó y bolitas en la calle, mientras las niñas acompañan a las mujeres en la casa o en el patio donde se prepara la comida.

La noche y la madrugada transcurren saturadas de lamentos y de los cantos sagrados que entonan las viejas, seguidas de las fieles acompañantes y de las ayudantes de las cantoras principales del cabildo Lumbalú.⁷ Anteriormente, el jefe del cabildo se sentaba sobre el gran tambor -el pechiche- en la puerta del cuarto mortuario y de cara a la cabeza del difunto, dejándole oír a los restos del alma sombra que aún quedaban en el cuerpo los golpes con los que el tambor pedía que se abrieran las puertas del cielo. A su lado, el hombre del tambor *yamaró* hacía eco al llamado al cielo y la cantadora jefa del cabildo seguida del coro de ancianas y acompañantes entonaban las canciones sagradas. Entonces, una de las ancianas empezaba el baile de muerto en torno al ataúd. Subía los brazos y por encima de la cabeza tocaba las palmas de las manos. Las viejas contoneaban sus cuerpos en ritmo ondulante, posible metáfora de corrientes de agua. Acercándose al cadáver y retirándose con pesar, dicen adiós con el sentimiento de los lecos y los cánticos, con el gesto de las manos y la voz de los tambores.⁸

⁷ Una descripción de la distribución de los espacios donde actúan los grupos de edad y la división sexual de los protagonistas en el ritual Lumbalú a partir de la organización social de Palenque de San Basilio aparece en Nina S. de Friedemann, 1991, *Lumbalú: ritos de la muerte en palenque de San Basilio, Colombia*. Un análisis de la jerarquía del cabildo Lumbalú, de la transmisión de sus derechos de pertenencia y sabiduría y de las relaciones genealógicas de sus miembros es parte de una próxima publicación.

⁸ La silueta de la deidad Calunga ha estado en el pensamiento religioso de Palenque y aparece en sus canciones fúnebres. Aunada al ritmo ondulante del *bail'e mueto*, que evoca un desplazamiento acuático del espíritu, son elementos comparables con la cosmovisión de la sociedad Bakongo de Africa Central, en el actual Zaire (MacGaffey 1986). El término de origen Ki-Mbundo tiene el significado de deidad de la muerte, dios supremo de los bantúes y alude a océanos y mares (Bastide 1967:68,69; Cacciatore 1977:77).

En ese tiempo y como parte del velorio, los caminos que debía recorrer el alma del muerto también se llenaban de música de bullerengue: Un ritmo alegre y profano interpretado por un *cuagro* de hombres y mujeres, con jefe y jefa marcado por un tambor pequeño y versos cantados y bailados que celebran la vida:

*la vida es muy bonita
pero al fin siempre se acaba!*

La convergencia de la vida y de la muerte, del lumbalú y del bullerengue, ha reunido así vivos y muertos, almas y espíritus en un espacio donde las mujeres ocupan el segmento sagrado medular del rito mortuorio, son dueñas del muerto y de la palabra en los cantos que se van hasta en el otro mundo. Los hombres permanecen en la periferia del espacio. Aunque percuten los tambores, lo hacen a través de cueros de venado o de otro animal, siempre hembra. Su tarea con el alma es la de acompañarla en sus últimos momentos terrenales.

En Manzanillo el ritual de la muerte en sus primeros momentos evoca la africanía de los lecos palenqueros, que constituyen el legado tenue de expresión musical en la funebria, que todavía tienen muchos poblados en la región. Los lamentos se oyen con intensidad el primero y último día del velorio. Este, de acuerdo con Price (1995:78), tiene como en Palenque un elemento central, el altar. La dueña del muerto o del velorio, el jefe y la maestra del velorio, conducen el ritual que se concentra en ayudar al espíritu a llegar al otro mundo. La rezandera y su coro en símil de las cabildas de Palenque, deben recitar el rosario católico asegurando así que el espíritu no se quede solo, so pena de que éste monte en ira, apague las luces, tumba las litografías de los santos, y hasta quemé el altar. Los hombres, igual que en Palenque permanecen fuera de la casa del difunto, es decir en la periferia del espacio del velorio. Y su actividad tiene también una función profana: Contar cuentos y relatar chistes que aluden a situaciones de sexo. Se recuerda que antiguamente, también los cuentos eran de animales. La última noche del velorio, cuando se levanta el altar, se guardan los santos y se apagan las velas, se despide al espíritu..." Fulano, fulana..., retírese de aquí, que usted no pertenece a esta vida, sino a la otra!"

La comida de velorio

En la relación vivencial que existe entre los vivos y los espíritus de los muertos, la comida de velorio de muerto en Palenque es un rito de comunión, igual que la de la *Última noche* del velorio en Manzanillo (Price 1955:91). Del mismo modo que en las sociedades africanas, se preparan y ofrecen viandas y bebidas en los ritos de la muerte (Mbiti 1970:107). En Palenque la tradición ha sido que parientes y amigos del difunto compartan una vaca o un cerdo cada día del velorio o, al menos, la última noche. En Manzanillo es café y galletas y a veces un sancocho de pescado y arroz. Hace unas pocas semanas en Palenque, en *la despedida del alma* de Ramona Cañate que hacía un mes había muerto de 86 años, después de la misa en la iglesia, sus parientes y muchos palenqueros visitaron la casa de la difunta. Tan pronto su hija pisó la puerta se entregó a los lecos, que rememoran además, aquellos que acompañados por toques de tambor en los antiguos cabildos de negros o enfermerías que se oían cuando desfallecían y fallecían los esclavos recién desembarcados de los navíos negreros en Cartagena de Indias.

A tiempo que otras mujeres lloraban con los lecos, el resto de los asistentes saboreaban un vaso caliente de chocolate y un emparedado de pan con mantequilla. "Estamos despidiendo a Ramona", me dijo Andrea Casiani, una de las viejas que, aunque no ha hecho parte formal del Cabildo de Lumbalú, desde hace mucho tiempo canta el *bail e'muerto* en los velorios. "...Ahora se va y es como si no hubiera nacido", me comentó. Andrea se refería al espíritu de Ramona que había estado en el aire desde hacía un mes, cuando el cadáver fue sepultado en el cementerio. Este espíritu es distinto a aquel que se quedó en la casa durante el velorio y la comida de velorio y que al finalizar el novenario, cuando se levantó el altar, salió de su casa hacia el cementerio "para meterse en la bóveda" donde el cuerpo yacía.⁹ Allí permanecería por el resto de los tiempos.

⁹ En 1994, Inés Ortega Casiani, de 82 años, y Leonardo Reyes Fruto, de 92 años, reiteraron la antigua costumbre en Palenque de enterrar a los muertos en el cementerio, envueltos en esteras tejidas con fibras vegetales. Esta costumbre evoca una tradición de las gentes del Congo que enfardelaban a sus muertos en telas finas y luego los momificaban en el humo de fogones (Balandier 1965:256). Por otro lado, expresa la acomodación de la memoria africana a la necesidad de movilidad del antiguo palenque colonial. El *taú* se recuerda

En otra versión donde se anota la existencia de dos almas, la que se queda en su casa durante el velorio, al finalizar las nueve noches, la abandona para emprender el largo viaje hacia el cielo (Friedemann 1991:74).

Nota final

En la comparación de elementos de las cosmovisiones de Palenque y Manzanillo, encontramos que, en 1955, el poblado de pescadores ya acusaba una influencia del cristianismo mayor a la que tiene Palenque en la actualidad. Por otro lado, la presencia de huellas de africanía en Manzanillo propone el estudio de su origen en el proceso de etnogénesis de esa comunidad y de otras que en la región exhiben similar riqueza de pensamiento y de expresión ritual. No se descartan, por supuesto, aquellas comunidades donde las tradiciones aborígenes y europeas son dominantes en el mestizaje y donde la presencia de la africanía apenas ha alcanzado el carácter de impregnación.

En cuanto a Palenque, la discriminación que han sufrido sus tradiciones religiosas ha resultado en crítica y vergüenza dentro del mismo poblado y en el silenciamiento de los tambores, tanto en los cantos fúnebres como en la expresión del bullerenque en el lumbalú. Pero la resistencia que ha opuesto el cuagro que compone el cabildo, sin embargo, permite todavía presenciar el rito completo, cuando el difunto es uno de los miembros y explícitamente pide su velorio con tambor. Entonces, aunque el viejo Batata, último tamborero del Pechiche, y el enorme tambor ya no existen, los cantos, el *bail' e mueto* y la música de tambor, o sea el bullerengue, aún se celebran como parte del Lumbalú en Palenque. El cambio, aunque ha dejado cicatrices en el ritual, no ha silenciado las voces sagradas que desde la tierra viajan hasta el cielo afroamericano". Ahora cantámo el bail' e mueto seco, sin tambó", me dijo hace tres semanas en Palenque Andrea Casiani.

como una especie de batea rectangular en la que se transportaba al muerto al cementerio y que tal vez en las memorias de africanía evoca una canoa. Más tarde, como dicen, vendría el *cajón* de uso corriente en el presente (Escalante 1954, Friedemann 1991).

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

AROCHA, JAIME

1989 *Etnografía iconográfica entre grupos negros*. En N. S. de Friedemann. Criele criele son. Del Pacífico Negro. Bogotá: Planeta Editorial Colombiana.

1991 *Observatorio de convivencia étnica en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional.

BALANDIER, GEORGES

1965 *La vie quotidienne au royaume de Kongo. Du XVI au XVIII siècle*. Paris: Hachette.

BATESON, GREGORY

1972 *Steps to an ecology of mind*. New York: Ballantine Books.

BASTIDE, ROGER

1967 *Las Américas negras*. Madrid: Alianza Editorial.

BONFIL BATALLA, GUILLERMO

1987 "La teoría del control cultural en el estudio de procesos étnicos". *Papeles de la Casa Chata*. Año 2. Pags. 23-43.

CACCIATORE, OLGA GUDOLLE

1977 *Diccionario de cultos afro-brasileiros*. Rio de Janeiro: Forense Universitaria.

CARRERA DAMAS, GERMAN

1977 *Huida y enfrentamiento. Africa en América Latina* (Ed. Manuel Moreno Fraginals) UNESCO Mexico: Siglo XXI Ed.

CASTILLO MATHIEU, NICOLAS

1982 *Esclavos negros en Cartagena y sus aportes léxicos*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.

ESCALANTE, AQUILES

1954 "Notas sobre el Palenque de San Basilio, una comunidad negra en Colombia." *Divulgaciones Etnológicas*. Vol. III (Pags. 207-351) Barranquilla: Universidad del Atlántico.

ESPINOSA, MONICA Y NINA S. DE FRIEDMANN

Colombia: La mujer negra en familia y en su conceptualización. Contribución africana a la cultura de las Américas. Bogotá: Proyecto Biopacífico y Colcultura.

FRIEDEMANN, NINA S. DE

1978 "Aportes culturales de Africa en América Latina". *Cultura*. Vol. V, No. 4, Paris: UNESCO.

1986 (1979. 1a. Edic. con R. Cross) *Mangombe. Guerreros y ganaderos en Palenque*. Bogotá: Valencia Editores.

1988 "Cabildos Negros: refugios de africanía en Colombia". *Montalbán*. Caracas: Universidad Católica Andres Bello. Pags. 1-16.

1991 "Lumbalú: ritos de la muerte en Palenque de San Basilio, Colombia". *América Negra* No. 1. Bogotá: Universidad Javeriana.

1993 *La saga del negro. Presencia africana en Colombia*. Bogotá: Universidad Javeriana. Colección Primera Puerta.

FRIEDEMANN, NINA S. DE Y JAIME AROCHA

1986 *De sol a sol. Génesis, transformación y presencia de los negros en Colombia*. Bogotá: Planeta Colombiana Editorial.

FRIEDEMANN, NINA S. DE Y CARLOS PATIÑO ROSSELLI

1983 *Lengua y sociedad en el Palenque de San Basilio*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.

MACGAFFEY, WYATT

1986 *Religion and society in Central Africa. The Bakkongo of Lower Zaire*. Chicago: The University of Chicago Press.

MAYA, ADRIANA

1992 "Las brujas de Zaragoza: Resistencia y cimarronaje en las minas de Antioquía, Colombia. 1619-1622". *América Negra*, No. 4. Bogotá: Universidad Javeriana.

MBITI, JOHN S.

1970 *African religions and philosophy*. New York: Anchor Books.

PRICE, THOMAS JAMES, Jr.

1955 "Saints and spirits: a study of differential acculturation in Colombian negro communities". PH.D. Tesis. Evanston, Ill. Northwestern University.

SCHWEGLER, ARMIN

1992 "Hacia una arqueología afrocolombiana: Restos de tradiciones religiosas bantúes en una comunidad negrocolombiana". *América Negra* No. 4. Bogotá: Universidad Javeriana.

e.p. "La descodificación de las canciones afrohispanas "Lumbalú" del palenque de San Basilio (colombia)". *Thesaurus*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.

SERRANO, FERNANDO

1994 "Cuando canta el guaco. La muerte y el morir en las poblaciones afrocolombianas del río Baudó". Monografía. Grado Antropólogo. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

VALTIERRA, ANGEL P. S.J.

1980 *Pedro Claver. El Santo Redentor de los negros*. Tomo II. Bogotá: Banco de la República.

VANSINA, JAN

1966 *Kingdoms of the savanna. A history of Central African states until European occupation*. Madison: The University of Wisconsin Press.